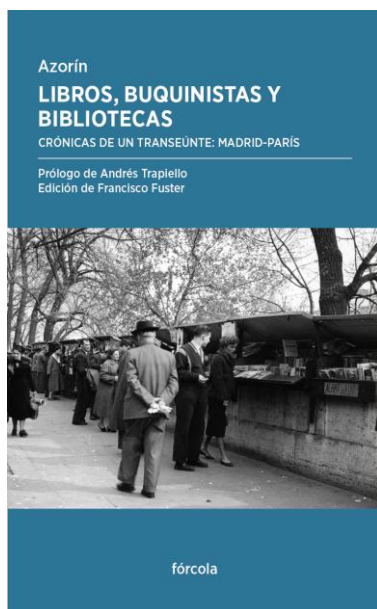


Alejandro Lillo

Leo en infoLibre un [artículo](#) firmado por Eva Orúe sobre las librerías. En concreto, sobre los desorbitados alquileres que estos pequeños comercios deben pagar para seguir alegrando la vida cultural en los centros de las ciudades.

En un contexto de profunda crisis económica es difícil competir con Mango o Zara, pero también es arduo lidiar con esos macroespacios libresco que ofrecen miles y miles de volúmenes presentados sin apenas encanto ni atención. El plus que ofrecen las librerías pequeñas radica en el amor que sus propietarios sienten por los libros y la lectura, pero también por la capacidad que tienen de transmitir esa pasión a los clientes. Coincidirán conmigo en que este tipo de locales son algo más que un negocio.



José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín, lo demuestra en un volumen que acaba de publicarse: «Libros, buquinistas y bibliotecas». Editado por Fórcola, es una recopilación de los artículos que el escritor monovero redactó a lo largo de su vida sobre todo aquello que rodea al mundo de los libros y la lectura, de las bibliotecas y los libreros.

Publicados entre 1905 y 1959, muchos de los cincuenta artículos que componen el volumen se encontraban dispersos por distintas publicaciones y antologías, la mayoría muy difíciles de localizar en nuestros días; de igual modo, y esta es una de las grandes virtudes del volumen, veinte de esos escritos jamás habían sido reeditados desde su

aparición original en la prensa escrita. Gracias a esta iniciativa editorial la mayoría de los lectores tendremos ahora acceso a ellos por primera vez.

El responsable del hallazgo, de localizar y preparar los escritos que componen «Libros, buquinistas y bibliotecas» ha sido **Francisco Fuster**. Fuster es un historiador que está realizando una impresionante labor, recuperando textos perdidos y casi olvidados de algunas de las figuras más importantes de lo que se conoce como la Edad de Plata de la literatura española. Quizá conozcan algunas de sus antologías sobre Julio Camba, Pío Baroja o el propio Azorín. A todas ellas se les suma ahora esta, tan interesante, sobre la pasión que por los libros sentía el escritor alicantino.

---

<sup>1</sup> Publicado en su muro de Facebook el 11 de abril de 2014.

«Libros, buquinistas y bibliotecas» es un volumen que promete y que no decepciona. La edición es elegante y sobria, de fácil manejo y consulta. Cuenta, además, con abundantes fotografías, así como con un sugerente e incitante prólogo de [Andrés Trapiello](#). Pero lo más asombroso de todo es (re)encontrarse con esa prosa fina y cuidada de Azorín, una prosa con la que uno no puede sino disfrutar y relamerse casi a cada página.

Leer a Azorín es un deleite; y si encima se ocupa de un tema que nos apasiona, como son los libros y las bibliotecas, la lectura y los mercadillos de libros nuevos y usados, el disfrute está garantizado: «Alguien ha dicho (...) que no encontraremos en los libros sino lo que nosotros llevamos dentro. En el libro ponemos nuestros sentimientos y nuestras ideas. Lo que en el libro encontramos no va más allá del horizonte de nuestra sensibilidad. Modificamos idealmente el libro según el humor, el tiempo en que leemos, o el sitio donde lo leemos, o nuestra edad, o nuestras esperanzas y nuestros desengaños».



Más allá del contenido de cada artículo, como aquellos en los que reflexiona sobre las bibliotecas de Cánovas, de Menéndez Pelayo y de Don Quijote; o aquel otro en el que se ocupa del arte de editar e imprimir un libro; o aquél otro que trata sobre la máquina de escribir y las erratas; más allá del contenido de cada artículo, decía, Azorín logra transmitir ese entusiasmo que siente por los libros, esa mezcla de excitación e incertidumbre que se experimenta al deambular por las librerías y las ferias de libros.

No es la suya una pasión erudita, elitista o pretenciosa. No nos habla de las grandes joyas bibliográficas o de esas apabullantes ediciones críticas que no hacen sino finiquitar a un autor, sino del encanto que desprenden los humildes buquinistas de la ciudad del Sena, del particular aroma que emanan las estrechas librerías de lance en Madrid.

Azorín reivindica la lectura modesta, dispersa y desordenada, la lectura por el simple placer de leer, de aprender y deleitarse: «Devanear por entre los tableros atestados de libros –libros modestos, libros que han estado en muchas manos— es un placer intelectual. Aquí encontramos todo género de autores; literatos antiguos y modernos, géneros imaginativos y obras didácticas y científicas; todo anda mezclado y revuelto. La imaginación corre veloz de uno en otro libro. A veces no encontramos lo que andamos pacientemente buscando, y otras

tropezamos con algún volumen que no esperábamos nunca encontrar».

El bibliófilo reconocerá enseguida esas emociones que tan bien sabe transmitir nuestro autor. Son artículos, pues, para disfrutar, para leer con calma y sosiego, para solazarse. Léanlos sin prisa, unos pocos cada día, aunque les cueste contenerse. Los saborearán mejor. Y subráyenlos, marquen los pasajes que les gusten, también aquellos sobre los que tengan dudas. No me sean tímidos. Un libro es un instrumento, un objeto que hay que gastar:

«Los falsos bibliófilos no leen; los verdaderos leen y releen. La biblioteca de un bibliófilo muestra toda ella trazas de la lectura de su dueño: (...) rayas, signos, anotaciones, apuntes en las guardas».

Un libro no es un objeto sagrado, no es algo a venerar y conservar como oro en paño. Al leerlo hay que empaparse, hay que rayarlo, es algo con lo que gozar y discutir. Los libros son útiles si nos transforman, si nos hacen ver la realidad y la vida con distintos ojos, con nuevos matices.

En «Libros, buquinistas y bibliotecas» pueden encontrarse todas estas reflexiones y muchas más, pues la claridad y la lucidez de Azorín son incontestables. Pero no se engañen: leer al escritor monovero no es sólo un disfrute adictivo. Leerlo nos vuelve más sabios: «en cuanto a los libros, comenzamos también a percibir una gran verdad; y es la de que no sabe más quien lee más número de ellos, sino quien los lee mejor».